

antes de la batalla contra el innumerable ejército de los persas, nos tepará el sol sus saetas; *mejor*, le respondió, *que así pelearémos á la sombra*. A otro que le dixo temeroso, ya están los enemigos cerca de nosotros, le respondió: *Y nosotros cerca de ellos*. Respondiendo á Xérxes que le escribió, *dexa las armas*, le contextó: *vén tú á tomarlas*. Tenía Agatócles, rey de Sicilia, cuyo padre fué alfarero, sitiada una villa, y algunos de los sitiados le gritaron desde los muros: *Ollero! quando pagarás el sueldo á tus soldados?* Y él, blandamente y sonriéndose, les respondió: *quando tomaré la villa*. Así les reprehendió con buena crianza su groseria, les anunció la servidumbre y saquéo que sufrirían en recompensa, y les manifestó la confianza que tenia en conquistarla.

Sublime en las imágenes.—Si lo sublime en todas las cosas, como hemos dicho, hace en nuestro espíritu la impresion mas fuerte, es porque envuelve siempre una afeccion profunda de admiracion ó respeto, nacida de la terribilidad de los obgetos por sus circunstancias ó caracteres.

Y como el efecto de esta impresion proviene á veces de dos causas diferentes, podemos distinguir aquí dos especies de sublime, el uno de imágenes, y el otro de afectos. Al primero pertenecen aquellas impresiones profundas de admiracion ó secreto estupor, causadas por la grandeza

de las cosas. Así lo vemos en la naturaleza, donde los obgetos que excitan conmociones mas fuertes, son siempre las profundidades de los cielos, la inmensidad de los mares, los estremecimientos de los terremotos, las erupciones de los volcanes, &c. por razon de las grandes fuerzas que en estas cosas suponemos; y por la comparacion que involuntariamente hacemos de estas fuerzas con nuestra debilidad y pequeñez al tiempo de observarlas. Al contemplar cosas tan formidables por su grandeza, nos hemos de sentir forzosamente embargados del mas tímido y profundo respeto.

Esta es, pues, la causa porque siempre merecerá el nombre de sublime el pincél que nos represente los Titánes en el campo de batalla, y no el que nos retrate las Gracias en el tocador de Venus. En efecto, quando contemplamos los juegos de los amores, sentimos la blanda y regalada impresion de unos obgetos graciosos; mas, quando vemos el continente y brío de los hijos de la tierra, poniendo á Ossa sobre Pelion, tocados de lo grande y formidable de este espectáculo, medimos, sin querer, nuestras fuerzas con las de los gigantes; y convencidos entonces de nuestra imbecilidad, nos sentimos embargados de un secreto terror que nos pasma y complace: efecto tan natural, que los niños, como necesitan de impresiones fuertes que les ocupen los sentidos, son extremadamente curiosos

de cuentos de ladrones, duendes, vestíglos, y otros entes medrosos.

Un astrónomo eloqüente, considerando quan mezquina y poco digna de la magestad adorable del criador parecía la fábrica del universo reducida al sistema de Tolomeo, asi levanta su imaginacion para exáltar la nuestra: *Ensanchémos nuestro discurso retirando los límites del universo. Mas allá del vasto anillo de Saturno, donde millones de mundos como el nuestro se perderian de vista, descubro un espacio infinito sembrado de manantiales de luz. Allí otros orbes mucho mas enormes que el nuestro giran con círculos mayores por carreras mas asombrosas, y con movimientos mas vários. Quanto mas me avánzo, mas me aléxo de los términos del mundo. Eu vano me húdo en el espacio: millones de cielos me rodean...mi imaginacion se rinde baxo del peso de la creacion.*

Nuestra ignorancia es tambien la que suele causar nuestra admiracion, y la que excita nuestras pasiones; por que el conocimiento de las cosas hace que los obgetos mas asombrosos nos hagan poca impresion. Asi es que las ideas de eternidad é infinidad, que no podemos comprehender, son las que mas nos asombran, porque se queda muy atras nuestra imaginacion. Si lo hemos visto en el exemplo antecedente, con mayor novedad lo mostraremos en este otro, que es del P. Nieremberg: *Puesto*

uno fuera del mundo en aquel espacio imaginario, en aquel yermo inmenso de la naturaleza, en aquel vacío sin término, en aquella nada solitaria; contemplaría....En esta pintura todo es asombro, porque las ideas de vacío, de espacio, de inmensidad, de soledad, como manantiales del sublime, se hallan aqui reunidas.

Otro eloqüente escritor, que supo juntar la contemplacion de las obras de la naturaleza con lo mas sublime de la oratoria, hace este apóstrofe á las inteligencias angélicas: *Mundos planetarios, celestiales gerarquias! Vosotras os anonadais ante el Eterno: vuestra existencia es por él; y el Eterno es por sí. El es quien es; solo él posee la plenitud del ser; y vosotras no poseeis sino su sombra. Vuestras perfecciones son como arroyuelos, y el Ente infinitamente perfecto es un piélago, es un abismo en que el Chérubin no osa mirar.*

Hablando de la resurreccion del Señor Fr. Luis de Granada, para hacer mas maravilloso y augusto su descendimiento á los infiernos, viste con grandiosas y estupendas imágenes las circunstancias de aquel dia glorioso, diciendo: *Los cielos que se cubrieron de luto, resplandecieron viendole salir del sepulcro vencedor. Descendió el noble triunfador á los infiernos, vestido de claridad y fortaleza; luego, aquella eternal noche resplandeció, y el estruendo de los que lamentaban cesó, y toda aquella cruel tierra de*

atormentadores tembló con la baxada del salvador. Allí se turbaron los principados de Edon, y temblaron los poderes de Moab, y pasmáronse los moradores de Canáan. La impresion profunda de esta descripcion nace del modo de representar el poder del resuscitado, y de lo obscuro y misterioso del sentido alegórico de las tres últimas cláusulas, porque la obscuridad es otra de las fuentes del sublime; como se experimenta en los templos góticos, cuya luz remisa nos convida á la contemplacion y recogimiento, infundiendonos un profundo respeto envuelto en admiracion.

Mas, quando por boca de Moyses dice Dios, segun la version literal del texto hebreo: *Haya luz y hubo luz*, vemos una imagen divinamente sublime, semejante á otras muchas de los sagrados escritores, los quales, refiriendo con tanta sencillez como frescura los mayores portentos, nos manifiestan quanto les ocupaba la verdad, y quanto se olvidaban de si mismos. Porque, quando se trata de las obras de Dios es sublime el decir que él quiere y la cosa es. Para criar la luz en todo el universo, bastó que Dios hablase; y aun es demasiado, bastó que quisiese; la voz de Dios es su voluntad.

Baxo de otra consideracion es altamente sublime la *imagen* de esta proposicion, porque no puede concebirse pintura mas maravillosa que la del universo repentinamente iluminado. Lo es

tambien con otro respeto, porque no puede dexar de imprimir en nosotros un secreto movimiento de admiracion reverencial, producido de la idea de la omnipotencia del autor de tal prodigio: idea, que nos debe llenar de un profundo rendimiento hácia el criador de la luz.

Tal vez no todos los hombres serán conmovidos de esta grande imágen, porque no todos podrán representarsela con la misma viveza. Pero, si de lo conocido subimos á lo desconocido, y queremos medir toda su magnitud; representémonos la vista de una noche medrosa, cuyas tinieblas aumenta la espesura de los nublados, y que al resplandor momentáneo de los relámpagos veamos los mares, las olas, los campos, los bosques, las sierras, los valles, y el mundo entero desaparecerse, y como reproducirse, en un instante. Si no hay hombre á quien esta imagen no asombre; que terrible impresion hubiera sentido el primero que, careciendo de toda idea de luz, hubiese visto el primer momento en que dió la forma y los colores al mundo!

Baxo de otro respeto esta *imagen* debe gran parte de su valor á la brevedad de la expresion: porque, como queda explicado mas arriba, quanto esta es mas corta, su impresion es mas súbita, y menos prevista; y asi es mayor el asombro. Dios dixo: *Sea la luz y la luz fué.* Todo el sentido de la sentencia se desenvuelve

en la palabra fué, pues como su pronunciacion es casi tan rápida como el efecto de la luz, y no supone sucesion de actos ni de tiempo, hace el mayor efecto que se puede imaginar.

Se quexa el profeta Oséas de que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se habian extendido por toda la tierra: *y que una sangre caia sobre otra sangre, y una maldad sobre otra maldad.* Parece que vemos llover sangre como agua sobre otra agua que acaba de caer, para expresar, á semejanza, de lluvia continúa, la incesante repeticion de maldades. El Profeta Malachías, reprehendiendo á los hebreos de que repudiaban sus mugeres por casarse con otras mas hermosas, dice: *Las lágrimas de las repudiadas vendaban los ojos á Dios para no ver los sacrificios de los repudiadores.*

Para expresar quan grande ha de ser la constancia y seguridad de los justos en qualquiera tribulacion, dice el P. Marquez: *En medio de las ruinas del mundo se han de sacudir la capa del polvo por el testimonio de su buena consciencia.*

Sublime en los afectos.—Si en lo físico lo grande supone grandes fuerzas, y éstas, como hemos dicho, nos asombran; tambien en lo moral lo grande, esto es, la grandeza y esfuerzo extraordinario de los ánimos, constituye lo sublime. No es Tyrsis caido á los pies de su amante,

sino Scévola con la mano puesta sobre el brasero, el que inspira terrible admiracion. Por esto los dichos de varones soberbios y esforzados producen estos profundos sentimientos de terror. Tal es el efecto causado por la confianza que tiene Ajax de sus fuerzas y valor, quando, envuelto entre las tinieblas con que Jupiter cubrió el campo de los Griegos para proteger á los Troyanos al favor de la obscuridad, levanta los ojos al cielo, y en accion de dolor y desesperacion, exclama: *Gran Dios! vuelvenos la luz del dia, y pelea despues contra nosotros.* No rehusaba morir, pero quería morir como valiente á vista de todos.

Este género de sublime resplandece siempre en ciertos rasgos heroycos de fortaleza, pues nacen del corazon, y no de una reflexion fria y mesurada. Estos sublimes sentimientos, que proceden casi enteramente de una situacion que los inspire, se declaran con locuciones y sentencias breves y concisas, porque pierden su fuerza quando se convierten en razonamiento. Oygamos á Calístenes, el qual, encerrado en una jaula de hierro, con las narices, orejas, y pies cortados por orden de Alexandro, responde á su amigo Lysimaco que le visitó compadeciendo su desgracia: *Quando me veo (le dice) en una situacion que necesita de valor y fortaleza, pareceme que me hállo en mi lugar. Si los dioses me hubiesen echado en el mundo solo para el deleyte*

¿ para que me habrían dado un alma grande é inmortal ?

Sublime fué el dicho de aquel salvage cautivo, el qual, atado á un arbol, no acababa de morir á los repetidos flechazos que le asestaba su vencedor. Impaciente este levantó la espada para quitarle de un golpe la vida; y con libre ánimo le dice el impávido cautivo. *Detente.... prosigue, no te avergüenzes : y tendrás mas tiempo de aprender como muere un hombre.*

Sublimes son tambien las razones que Armida, vencida y prisionera en un combate por Reynaldo, capitan de los Cruzados en Syria, dirige á este su antiguo amante, quando atormentada de zelos, indignacion y despecho, le dice: *Sin duda tu gloria quedaria deslucida, si no viese el mundo atada á tu carro una muger, engañada antes por tus juramentos, y rendida ahora á tu poder. En otro tiempo yo te pedi la paz y la vida : hoy solo la muerte puede aliviar mi dolor.... Mas, ésta no te la pido á ti, inhumano ! Horrorosa sería para mi, si tubiese yo que recibirla de tu mano.*

El despecho y valor de un hombre hace mas impresion que el de una muger; y el de un héroe que el de una persona comun. Oygamos al Taso que recurrió en otro pasage de su poema á esta fuente del sublime. Gerusalen es tomada, y en medio del saquéo Tancredo divisa á Argante cercado de un tropel de enemigos que iban á quitarle la vida. Corre á librarle de

las manos de la soldadesca, cúbrelo con su broquel, y se lo lleva fuera de los muros de la ciudad, como víctima que reserva para sí. Caminan juntos, llegan al sitio, Tancredo prepara sus armas, y el animoso Argante, olvidandose del riesgo y la vida, suelta las suyas, y vuelve los ojos llenos de dolor y sobresalto hácia las torres de Gerusalen ardiendo en llamas : *¿ En que piensas (le dice Tancredo) ? en que llegó ya tu ultima hora ? Si esta imaginacion te acobarda, es tarde ya. Pienso, (leresponde Argante,) en esta hermosa ciudad, reyna antes de Palestina, y hoy esclava y asolada, cuya ruina en vano he querido retardar ; y pienso en que tu cabeza, que sin duda el cielo me reserva, no basta para su venganza y la mia.*

A este género de estilo pertenece lo que se llama *patético*, porque lo apasionado y lo sublime suelen andar juntos, y muchas veces se confunden. El oyente halla agradables todas las cosas que le mueven, y en algun modo se engrandece su espíritu con la grandeza de los objetos : halla delicioso el terror, y dulce la misma tristeza.

Los conceptos lastimosos, los discursos tiernos, y los retratos dolorosos, entre la blandura y conmocion que sentimos con ellos, nos dan un continuo testimonio de la humanidad de nuestro corazon. El que se enternece, se siente siempre mejor que antes : llora, y sus mismas lágrimas le

dan buena opinion de sí mismo : se conduele, y no puede apartar los ojos del objeto de su dolor, porque no puede dexar de ser hombre.

Los eloqüentes rasgos no nacen de los preceptos del arte, aunque no se desvian de ellos ; nacen, sí, del corazon agitado de este manantial de vehemencia y calor que abrasa el estilo alguna vez, donde parece que la pluma escribe lo que el amor ó el dolor le dictan, ó se desata la lengua para decir lo que el alma siente y padece, con palabras medidas siempre por la razon y el decoro. Debemos, sobre todo huir de ser llevados de un furor intempestivo, quiero decir, quando un orador se acalora inoportunamente, ó se arrebatata con exceso, y el asunto no permite sino un templado calor. Hay algunos que, si como estuviesen embriagados, se esfuerzan en manifestarnos sus afectos, con la vehemencia declamatoria que traxeron del aula. Se exáltan en vano, porque ignoran lo mas perfecto del arte, que es la oportunidad.

El primer precepto en esta materia es tener herido su corazon antes de querer herir el de los otros ; porque, lo que bien se siente, bien se dice. Mas, para conseguirlo, es necesario que el orador penetre profundamente el asunto que va á tratar, se convenza plenamente de su obgeto, sienta toda la fuerza de su verdad é importancia, se grave en la fantasia la imagen de que quiera servirse para mover los animos, y la presente con tanta naturalidad como energia.

Parece que los que hasta hoy han conocido mejor el arte de inspirar las pasiones, han sido los grandes guerreros y políticos. A las pasiones reunidas y avivadas con el amor de la libertad, mas que á la habilidad de los ingenieros, se deben las gloriosas y porfiadas defensas de Sagunto, de Cartágo y de Numancia, y en nuestros dias las de Zaragoza y Gerona.

Alexandro fué sin duda el ingenio mas excelente entre todos los grandes capitanes de la antigüedad para conmover los ánimos. Asi habla á las tropas macedonias que querian desampararle: *id-os ingratos ! huid cobardes ! sin vosotros conquistaré el mundo ; y Alexandro hallará soldados donde encuentre hombres.* ¡Qué vergüenza y brio no infundiria á sus macedones esta magnánima reprehension ! Que vergüenza y emulacion al mismo tiempo no inspiraría á sus tropas el heroyco denuedo de Enrique IV de Francia en lo recio de una batalla, quando, al verlas desordenadas y fugitivas, corre á ellas, y al punto de irse á meter en lo mas cerrado de los esquadrones enemigos, les dice : *volved las caras ! y si no quereis pelear, á lo menos me vereis morir.*

Los discursos vehementes son el language de personas apasionadas ; el ingenio solo no puede en estos casos suplir el movimiento de los afectos ; porque el que no está tocado de una pasion ignora el idioma de ella. Las pasiones se deben mirar como la semilla de los grandes pensamien-

tos: ellas son las que mantienen una perpétua fermentacion en nuestras ideas y fecundan en nuestra imaginacion las que serían estériles en un corazon tibio.

La pasion es el alma de los discursos eloqüentes, pues de ella reciben vehemencia para arrebatarse, y ternura para ablandar los ánimos. Con la mocion de sus afectos un orador puede levantar á sus oyentes de aquella inercia, digamoslo asi, contraria á la accion del espíritu, pues, dando interes al asunto que trata, despierta al hombre de su natural reposo é indolencia quando las cosas no le tocan muy de cerca.

Asi el que quiera dominar á los otros, inspirandoles la pasion de que está animado, se aprovecha con sagacidad; unas veces, de la propension ó disposicion favorable que halla en los ánimos; otras, de la situacion en que várias circunstancias ponen á los hombres; otras, de las leyes que les gobiernan; y otras, en fin, de las preocupaciones mismas á que obedecen. En la situacion en que estaban las tropas de Cartago, antes de empezar la batalla del Tesino ¿que confianza y valor no les infundiria esta breve harenaga de Anibal? *Compañeros! los romanos deben temblar hoy, no vosotros. Tended la vista por este campo, y no vereis retirada para los cobardes: todos perecemos hoy si somos vencidos. Pero ¡qué prenda mas segura del triunfo, que señal mas visible de la proteccion de los dioses, que habernos colocado entre la victoria y la muerte!*

Cándida, tierna y suave debe ser la expresion lastimosa, y triste, noble y congojosa en los afectos para mover á todos; no hinchada, ni tampoco muy humilde, ni obscura con exquisitas sentencias. Su ornato ha de ser mas limpio que curiosamente compuesto. Admite exclamaciones, apóstrofes, quejas, y prosopopeyas, que llaman grandemente á la conmiseracion.

El poeta que se aprovechó, para mover la compasion y tristeza, de la situacion de Herminia, bien conocia el poder que tienen en nuestro corazon las razones tiernas y suaves. Esta princesa desgraciada, despojada del trono, y abandonada del infiel Tancredo su amante, se retira á una aldea, y toma el oficio de pastora. Una tarde de julio mientras las ovejas seesteaban á la sombra, se divierte grabando con amorosas letras en la corteza de unos cipreses la historia y las desventuras de su pasion; y al recorrer las lineas que acababa de formar, desfallece y bañada en lágrimas, exclama: *Arboles, confidentes de mi llanto, conservad la historia de mis penas! Si algun dia un fiel amante viniere á descansar baxo de vuestra sombra, se enternecerá de compasion al leer mis tristes desventuras y dirá: Ah! que mal pagaron el amor y la fortuna tanta constancia y fidelidad!*

Salgamos de un asunto profano para subir á otro de mas alta y noble contemplacion. Pinta Fr. Luis de Granada la dolorosa situacion de

nuestra Señora al pié de la cruz, teniendo en sus brazos á su sagrado hijo despues del descendimiento, con este apóstrofe. *O ! dulce madre ! Es este por ventura vuestro dulcísimo hijo ! Es este el que concebiste con tanta gloria, y pariste con tanta alegría ! Lloraban todos los que presentes estaban ; lloraban aquellas santas mugeres ; lloraban aquellos nobles varones ; lloraba el cielo y la tierra ; y todas las criaturas acompañaban las lágrimas de Maria.*

En otro lugar pinta el mismo autor con la mayor ternura y viveza el estado de Christo en la cruz contemplando desde aquella altura á su Madre, cuya presencia acrescentaba los dolores de su sagrado Hijo. *¡ Quien podrá declarar, ó buen Jesus ! lo que sentiste quando considerabas las angustias de aquella ánima santísima que sabias que estaba contigo crucificada ! quando veías aquel piadoso corazon traspasado con cuchillo de dolor ! quando tendiste los ojos sangrientos, y miraste aquellos brazos en que fiste recibido y llevado á Egipto, tan quebrantados ! y aquellos pechos virginales, con cuya leche fuiste criado, hechos un pielago de dolor !*

Es de advertir que nunca se conmueve una pasion si la cosa de donde se quiere sacar no es por sí manifiesta y claramente demostrada: en valde nos esforzaremos en excitar la voluntad al amor ó al odio de un objeto que no conocemos. Pero, como el ánimo del oyente suele estar pre-

venido contra la fuerza descubierta, el orador sagáz sabe insinuarse sin estrépito, y como furtivamente, para moverle y cautivarle con mas facilidad.

Débese usar de lo patético solo en los asuntos que lo piden, y ver en que parte del discurso conviene ; porque hay asuntos que no admiten estos movimientos, y lugares en que seria inoportuno. Primero se debe ganar el entendimiento antes de conmovier el corazon ; porque los ánimos que no están dispuestos mal podrá inflamarlos el orador.

Y aunque el language de la pasion puede reynar, por intervalos en aquellos lugares de la oracion en que se pretende mover y persuadir ; en ninguno tiene mas imperio y eficacia que en la peroracion ó epílogo. Aqui es donde la eloqüencia, para triunfar de los corazones, y arrancarles su último consentimiento, se sirve atropelladamente, ya de lo mas tierno, ya de lo mas vigoroso del estilo patético. Un orador hábil huye en estos casos de toda ostentacion y estudio ; antes bien, mostrando cierto desaliño, cierto desorden, cierta perturbacion, nos muestra estar poseido de entusiasmo : y ésta efervescencia imita á los esfuerzos de la naturaleza agitada, que busca sin rodeos la salida mas breve, fácil, y pronta para su desahogo.

Claro está que no quiero hablar aqui de aquella falsa eloqüencia tan facil de enseñar como de

practicar ; es á saber, de figuras amontonadas ; de magníficas palabras que nada grande dicen, y de movimientos afectados que no tocan al corazón pues no nacieron de él.

La moción de los afectos es el arte mas admirable que inventó la necesidad, y perfeccionó la oratoria ; arte que no habla con los frios disertadores, ni con los contemplativos moralistas, que conocen mas las pasiones por sus definiciones, causas, y efectos, para arreglar nuestra conducta que para mover el corazón con la fuerza de la palabra. A lo que los griegos llamaban *pathos* tradujo Ciceron, ya perturbacion, ya enfermedad ; los bárbaros dieronle el nombre de pasion, y los latinos de afeccion ó afecto. Es lo contrario de la *apathia* de los mismos griegos, que significaba, entre los estoycos, aquel estupor ó tranquilidad del ánimo, al qual ninguna perturbacion, ningun dolor, ningun caso terrible pudiese mover, colocando el sumo bien en aquel estado libre de toda alteración. Esta dureza é insensibilidad de los estoycos, que llamaban enfermedad á las afecciones, extirpaba del corazón toda humanidad.

Si consideramos como enfermedad todo lo que nos saca del estado natural de reposo ; toda afeccion, ya blanda ya fuerte, nos altera é inquieta. Llámase tambien pasion por la misma causa ; por que el ánimo padece siempre que se agita : padece el que aborrece, y á veces mas el que

ama ; padece el que teme, como el que espera ; padece el que se conduele, no menos que el que se indigna ; y si altera la tristeza, no altera menos la alegría. Podemos decir que todas son enfermedades, unas con calentura, y otras con posturacion.

Por esto se habrá dicho que todas las personas hablan bien en la hora de la muerte. Celebradissimas son en las historias las palabras que se dixeron Séneca y Paulina su muger al tiempo de dar las venas al verdugo ; y las de otros varones insignes que murieron en aquella conjuracion. Y aun el mismo Neron, monstruo en crueldad, mueve á compasion quando se leen en Suetonio las que le oyeron decir haciendo un hoyo para enterrarse en vida : *qualis artifex pereo*. Preguntandole á Leonidas su muger, al tiempo de partir él para Termopylas contra los persas, si le dexaba mandado algo, le dixo : *Que te cases con buenos, y parás buenos hijos*. Fué esto decirle sin dudarlo : voy a morir. ! Qué magnanimidad, para decirla tan serenamente no nos veremos mas, desde ahora te dexo ya viuda. ! ; Qué despedida tan patética, no yá en las palabras, sin en su misma enfática sencillez y frialdad en ocasion tan apurada ! Qué desprecio de la vida y de sus propias cosas quando se trata de defender la patria ! Causa asombro y compasion al mismo tiempo la resignacion de su ánimo.

Dixo Isaác á Abraham quando soltó el haz de

leña en el lugar donde se habia de executar el sacrificio : *Padre ! ¿ donde está la victima para el holocausto?* Llamóle así para rasgar las entrañas paternas de dolor, y hacer en ellas la postrera prueba de su sufrimiento. Aquí el efecto patético viene de la situación.

Maravillosa fué aquella sentencia que prohibió Virgilio á Enéas quando, armado y á caballo para salir al desafío de Turno, en que se habia de decidir el pleyto del Reyno Latino, mandó que le traxesen á Ascanio su hijo ; y alzando la visera para despedirse de él, con ternura y regalos de padre, le tomó en brazos, y como si hiciera testamento, y no le hubiera de ver mas, le dice : *Aprende, hijo, de mí el valor y el buen ánimo en los trabaxos ; que grangear bienes de fortuna otros te lo enseñarán.* Las circunstancias del momento, del asunto, y del espectáculo hacen patética la sentencia, la qual, fuera de aquel caso, no tendria mas que la gravedad de un consejo.

Oygamos la expresion tierna y bien sentida que pone Cervantes en boca de un pastor moribundo de enamorado de su ingrata zagála, y la dulce y harmoniosa elegancia con que pinta el autor el caso : “ Ya el herido pastor daba el último aliento envuelto en estas pocas y mal formadas palabras : “ *Quitárame la vida, que ahora, mal contenta, de estas carnes se aparta ! Y sin poder decir mas cerró los ojos en sempiterna noche.*

Al tiempo que Sócrates recibia la copa del veneno de manos del verdugo, hizo su muger Xantipe grandes exclamaciones acusando á los causadores de la muerte de su marido, diciendo que moria sin culpa : á lo qual acudió Socrates con mucha gravedad : *Tubieras por mejor que muriera culpado !* La inocencia y serenidad del filósofo nos interesa aqui, y nos enseña.

Aristides, que por sus virtudes y gloria de grandes hechos, mereció el titulo de Justo, y fué por los atenienses desterrado de su patria despues de haberla defendido, ampliado, y ennoblecido ; al salir de la ciudad no le echó maldiciones, ni dixo contra sus conciudadanos las imprecaciones que se solian oír en las tragedias ; antes, levantando las manos al cielo, hizo súplica á los dióses : *que sucediesen siempre las cosas de Atenas con tanta prosperidad, que todos perdiesen la memoria de Aristides.* Este rasgo de generosidad y patriotismo, ésta serenidad de tan indulgente ánimo, ¿ á quien no moverá á ternura y amor á la virtud ? verdad es que no iba á la muerte ; pero iba á morir civilmente.

Si las postreras palabras de los vivos son tan eficaces y penetrantes ¿ quán patéticas serán las de los muertos ? Léase en la sublime inscripción del túmulo de los 300 Lacedemonios que sacrificaron sus vidas en la defensa de las Termópilas : *Caminante ! vé á decir á Esparta que hemos muerto aqui por obedecer sus santas leyes.*